El cáliz endulzar de tu amargura;
Dijérate, que ha sido su carrera
Como la linfa de una fuente pura
Que nace en lecho de purpúreas rosas,
Y en tumba de clavel á morir viene
Sin que el viento la turbe ó desordene,
Ni la infesten serpientes venenosas.
Calma el pesar, conserva su memoria,
Él por mi voz te incita.
¿Y tu dolor no cesa al ver que habita
El alcázar celeste de la gloria?
Depon contra el destino la querella,
Que el que viviendo fuera tu alegría,
Desde los bordes de la tumba fría
La luz de su virtud será tu estrella.

EL LLANTO DE LA AMISTAD.

En la tumba del S.r José María Otero.

Deten, deten la inexorable mano,
Ni así descargues tu segur impía,
Parca alevosa, en este buen cubano
Gala y ornato de la patria mía,
Y si sediento tu furor insano
De víctimas está, si es que una vida
Basta á satisfacer tu horrible saña,
Ven y ceba en mi cuello tu guadaña.
Tal en las horas de la noche umbría
En que á mi amigo arrebató la muerte,
Acusando al destino
Yo con doliente acento
Agudos ayes entregaba al viento.
Cuando en fúlgida nube
De ciprés y jazmines coronada
La frente celestial, bello querube
Ráudo bajando desde el alto cielo
A mi vista parece magestuoso.
—«Yo soy, dice, la muerte de los buenos
¿Mi tranquila presencia no te alegra?
¡Ay! serena tu ardiente fantasía,
La muerte de los justos no es sombría.
Píntese así la del feroz tirano,
La del horrendo y bárbaro asesino
Que cercados de vil remordimiento
Rabiosos lanzan el postrer aliento;
Mas el hora postrera de tu amigo,
Hora que le trasmite á la memoria,

Desenlace brillante de su historia,
De su honor perenal conservadora,
¿Porqué tan grande hora
Cubrir de méngua y de baldón se quiere?
¡Harto sabeis que cuanto nace muere!
La patria de los justos, es la gloria;
¿Y cuando llega el término divino
Que de mundanos vicios la recata,
La Omnipotencia acusaréis de ingrata
Que le lleva tan puro como vino?
Ojalá que como él finasen todos,
No hubiera tantos séres desgraciados,
Ni tantos miserables oprimidos!
Si todos sois para morir creados
Y es un incierto préstamo la vida;
¿Cuándo pagais la deuda contraida,
Por eso habeis de importunar los hados? (12)
Justo será que su ceniza fría
Reguéis con gotas de amistoso llanto,
Y cantadle si sois hijos del canto;
Mas no es razón que me acuséis de impía.
Si quereis presentarle digna ofrenda,
Imitad su virtud, seguid su ejemplo,
Por todo el orbe su candor se extienda,
Y este será de su memoria el templo.»
Dijo así el querubin, miróme atento
Y voló más veloz que el ráudo viento.
De sagrado fervor sobrecojido
Yo contemplaba tu cadáver yerto,
Y al mirarte caer al fondo abierto
De la tierra postrera del olvido
¡Adiós, adiós...! y para siempre, amigo;
Adiós te queda en el sepulcro triste,
Que ya de luto el corazón se viste
El mismo que testigo
Fuera de tus virtudes venturosas,
Y en horas deliciosas
La copa del placer gustó contigo.
Feliz quien vivo á la virtud adore
Con tal que nunca á la maldad sucumba,
Y más feliz, si en su modesta tumba,
Halla un amigo que le cante y llore.
¡Ay! perdona si turbo tu reposo,
Elísea sombra de mi amigo amado,
Padre perfecto, inimitable esposo,
Y aunque doy llanto á tu sepulcro helado,
Más te quiero en la tumba virtuoso,
Que mísero en la tumba y desgraciado.

EL LIRIO.

A la memoria del S.r Angel Laborde.

Sombra querida del caudillo ilustre,
Gloria y honor de la Marina hispana,
En cuyo ocaso vierte entristecida
Copioso llanto la inocente Habana;
Recibe ahora en tu postrer morada
Esta flor que en tu fúnebre corona
Coloca un hijo de la ardiente zona
Como prenda de amor inmaculada.
No la ofrezco á tus triunfos militares,
Que mi plácido acento,
Perfumado de rosas y azahares
Que son de Cuba eterno monumento,
Y nacido entre piñas y palmares
Con que Almendar sus ninfas enagena,
Nunca entre horror y mortandad resuena. (13)
Brindola solamente á las virtudes
Con que le plugo al cielo coronarte,
Muy mas gratos al siglo diez y nueve
Que las hazañas del sangriento Marte.
La Parca, inseparable compañera
Del tiempo asolador por él traida,
El aliento vital, con mano fiera
Cortó cruel de tan gloriosa vida;
Mas tu nombre la historia ya esculpiera
Con áurea pluma á tu bondad debida,
Que quien tan altos beneficios vierte,
Baja á la tumba y triunfa de la muerte.
¿Cuál mísero indigente,
Qué artesano industrioso,
Qué padre de familia,
O qué proscripto de su pátria ausente
A tí llegó solícito y quejoso,
Que no le remediases generoso?
Cuando sus negras alas pavorosas
El mortífero Cólera tendiendo,
Las campiñas frondosas
De luto, estrago y de dolor cubriendo
Las villas y ciudades asolaba,
A no ser por tu impávido desvelo
Y tu noble franqueza, ¡cuántos tristes
Hubieran muerto sin hallar consuelo...!
Laborde generoso, de alma pía,
Jamás te olvidará la pátria mía:

El verde campo y la marmórea losa
Con puro llanto de dolor inunda,
Y oye una voz que baja misteriosa,
Del alto cielo por el aire vano.
—«Adiós, amigo del solaz cubano»
Yo triste, en tanto que mi pátria llora,
Tu sacro nombre eternizar espero,
Brindando grato á tu alma bienhechora
El blanquísimo *Lirio San Juanero.*
Su albo cáliz retrata tu pureza,
Su delicado ámbar, su dulzura,
Y del fecundo tallo, en la verdura,
Tu virtud, tu talento y grandeza.
Su aroma al cielo en tu demanda suba,
Y al doliente sonar del pecho mío
Respíralo feliz, y acoge pío
El puro llanto de la noble Cuba.

EL CIPRÉS.

Duelo de la amistad, en la muerte del S.r G. O.

¡Imponente silencio de las tumbas!
Tu tétrica expresión presta á mi lira,
Calme tu aspecto mi pesar vehemente,
Y el viudo sauce que el dolor inspira
Ciña tu impulso mi afligida frente.
Que no sin causa el corazón suspira
Al ronco son de cítara doliente,
Cuando el hado enemigo,
Acompañado de la horrible Parca,
Con nuevos golpes mis desdichas marca
En la existencia del mejor amigo.
Aun no he pasado de mi edad florida,
Y ya mis años cuento por mis penas:
¿Qué pues me queda para amar la vida?
Lúgubres horas de tormento llenas.
Pasó ya el tiempo juvenil dichoso
En que entregado á los pueriles juegos
Nunca llorara de pesar quejoso:
Si algun deudo espiraba,
Sin pensar más en él me consolaba;
Pero ¡ay de mí! que entónces no sabía
Sentir el bien que por mi mal perdía.
Cual suele de los Alpes desprendida
Porción sutil de transparente yelo
Ensanchar su tamaño en la caida,
Y en forma colosal bajar al suelo;
Tal, el gérmen del mal es en la vida

Del hombre desgraciado,
Prosíguele el pesar desde la cuna;
Crece su cuerpo, crece su cuidado
Donde por suerte algun alivio alcanza,
Se disuelven sus planes infelices
Perece el talisman de su esperanza,
Y aun aquellos que más le favorecen
Por colmo de su mal tambien perecen.
Mas no perece la virtud divina,
Sublime y santa emanación del cielo,
Luz que al mortal impávido encamina,
Y hace que suba con serena frente,
Y llegue en ráudo vuelo
Hasta el trono del Dios Omnipotente.
Así ¡oh Gabriel! tu alma
Volando á la mansión del Sér Eterno
Goza en el cielo la divina palma
Negada á los perversos,
Que el almo Dios con gusto,
Solamente concede al que fué justo.
Fué tu muerte y tu vida
En quietud y reposo parecida,
Viviste como el Sol, luciente y puro,
De tu bondad y tu virtud seguro,
Y tornaste á la nada felizmente
Cual despues de su curso el régio astro
Se sepulta en los mares de Occidente
Tras sí dejando esplendoroso rastro.
De fúnebres adelfas coronada
Cabe tu losa fría,
Con mudo acento llora destemplada
La lira de oro que pulsaste un día.
Cercados de suspiros y dolores
Llegan á tu sepulcro tus amigos
Y en él derraman amorosas flores.
Yo, sólo un ramo de ciprés sombrío
Puedo sembrar en tanto,
Y regar con las gotas de mi llanto
Su rudo tronco y tu cadáver frío.
Queda, verde ciprés, queda plantado
Sobre la fosa de Gabriel querido,
Y este epitafio dejaré grabado
Para memoria de mi bien perdido.
—«Aquí yace un mortal que fué estimado
«Por piadoso do quiera que ha existido:
«Ya la tierra sus restos ha cubierto,
«Mas su honradéz y su virtud no han muerto.»

EN LA MUERTE DE G. DE C.

Genio de la amistad pura
Que en el alto Empíreo estás,
Cuyo sacro fuego, más
Que el oro y la vida dura;
La copa de la amargura
Con tu protección y abrigo
Veré si apurar consigo,
Para verter con ardor
Llanto de pena y dolor
En la tumba de un amigo.
¡Oh si fuera tal mi suerte
Que con lúgubres gemidos
Ablandara los oidos
De la inexorable muerte!
Pero en vano el polvo inerte
Quiere el llanto resarcir,
No retornará á vivir;
Pues sé con harto pesar,
Que no vuelve á respirar
Lo que deja de existir.
Ví un niño, por diversión
Formar un globillo astuto,
Introduciendo un canuto
En misto de agua y jabon;
Del Iris la variación
En sus colores denota,
Y cuando de su derrota
Tocaba al mayor aumento,
Sutil ráfaga de viento
Lo convirtió en leve gota.
Este globillo lucido,
Tan bello cual desgraciado,
Como fué de agua formado
Quedó en ella convertido;
Así el hombre divertido
Sigue la siembra dorada
De bien ó de mal sembrada
Que le prepara la suerte,
Y en nada al fin se convierte,
Porque nació de la nada.
¡Veis cuando la Primavera
Engalanando el Abril,
De ámbares y flores mil
Enriquece la pradera,
Y horrible borrasca fiera
Viene de opuestos confines
Destrozando los jazmines
Y rosas, que en horizontes
Fueron pompa de los montes,
Y adornos de los jardines?
Así su frente amistosa
Mostró Gerino cabal,
Integro, franco y social,
Cual la Primavera hermosa;
Cuando la Parca alevosa
Como horrenda tempestad,
Sepultó en la eternidad
Al que fué por su virtud
Jazmin de la juventud,
Y rosa de la amistad.
No yá las ninfas decoran
Sus rostros con azucenas,
Porque sumidas en penas
Tu ocaso infelice lloran:
De pesares se devoran,
Quéjanse á la adversa suerte,
Y la tristeza más fuerte
Las tiene en fiera agonía
Desde aquel tremendo día
Que te arrebató la muerte.
Ni yá las flores porfían
Vertiendo ámbares suaves,
Ni al alba cantan las aves
Parleras, como solían.
Los cielos que ántes reían
Esparciendo perlas bellas,
Vierten nubladas querellas
Con que al claro Sol engañan,
Y densas nubes empañan
El brillo de las estrellas.
Los arroyuelos y fuentes,
Como sintiendo mis males
Llevan mudos los raudales
De sus límpidas corrientes;
Y por cáuces diferentes
De los antíguos, girando,
Van corriendo y murmurando,
Porque en amargos despojos,
Vén como ríos mis ojos
Eternamente llorando.

¡Y porqué el hombre se afana!
Solo contemplando estoy.
¿Sabe él cuando duerme hoy
Si despertará mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz, pasagero,
Meteoro de luz ligero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada, es en suma
Lo que encierra el mundo entero.
Sólo la pura amistad,
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad
Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre á inscribir llego,
Con caractéres de fuego
En el templo de memoria.
Quizá de mi muerte el día
Habrá una alma generosa
Que riegue llanto en mi losa
Como yo en tu tumba fría:
En tanto que el alma mía
Con toda sinceridad,
A impulsos de la amistad
Que nos uniera á los dos,
Te envía el postrer adiós
Por toda la eternidad.

A UNA VIRGEN MUERTA.

(5 de Enero de 1839).

¿Es el mundo un jardin de alegres flores
En que vuelan los justos como amores
Para sus bellos cálices libar?
¿Será nuestro existir dulce beleño?
¿De fantasmas y sombras será sueño?
¿Será tal vez de lágrimas un mar
En que surca la nave de la vida,
Teniendo, por borrascas combatida,
Al puerto de las tumbas que arribar?
La tumba es el puerto, la nave es la vida
Que al templo nos lleva de la eternidad.
¡Ay de la que llega con presta corrida
Cual ésta, infelice...! Mortales, mirad
En fúnebre lecho de llanto y tristura,
Como en seco polvo marchito alelí,
Mirad sin aliento la vírgen más pura
De cuantas ha visto brillar Yumurí.
Al verla se desconsuelan
Los que adoran su virtud,
Aún sus gracias se revelan,
Y castos amores vuelan
En torno de su ataud.
Llora el bardo, y tristemente
Su canto de muerte entona:
Cándida palma fulgente
Orna su mano, y su frente
Ciñe divinal corona.

Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.
Desde la gloria
Que habitas, sí,
Baja tu frente
De albo jazmin,
Y tu mirada
De serafin,
Más que el Sol clara
Sobre el zenit,
Fíjala, bella,
Fíjala en mí:
En este amigo,
Triste, infeliz,
Que fiel derrama
Lágrimas mil,
Y sin consuelo
Llora por tí.
Cual puro lirio
Nacer te ví,
Y cual temprana
Rosa, morir.
¡Ay! para siempre
Yá te perdí;
Mas no te inquietes
Por mi sentir.
Duerme en la tumba,
Duerme feliz,
Vírgen sagrada
Del Yumurí.
Y en tanto que cubre la fúnebre losa
Tan tierna belleza, tan rara virtud,
Escucha, doncella, mi voz querellosa,
Y el eco que vierte mi triste laud.
Y sonrie á la voz de un amigo,
Que quisiérate al mundo tornar,
O bajar al sepulcro contigo,
O contigo en la gloria morar.

LAS FLORES DEL SEPULCRO.

En la prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarras.

(Agosto 10 de 1838).

... Encuentra uno el amigo con quien quisiera pasar su vida, y al momento la suerte los aleja. Descubre uno el corazón, que buscaba, la víspera del dia en que dejara de latir.

CHATEAUBRIAND.

Ven, clavel amarillo de los muertos,
Ven á ceñir mi funeral laud,
Para cantar á los despojos yertos,
De amistad, de inocencia y de virtud.
No ya mis ecos plácidos ¡oh brisa!
Del San Juan por las ondas regarás:
Puede tal vez bañar fugaz sonrisa
Mi rostro, sí; mi corazón, jamás.
¡Jamás! ¿Para qué buscar
Distracción en el placer?
¿Para nuevamente amar?
¿Para tornar á perder?
¿Para volver á llorar?
Será mi festin mayor
Un campo de soledad,
Un recuerdo de dolor,
Un suspiro de amistad,
Y una lágrima de amor.

Si hay un divino placer
Que del penar nos escuda
Con infalible poder
Sobre la tierra es sin duda
La amistad de una muger.
Este afecto puro y fiel
Coloca el cielo entre dos,
Y hay con exacto nivel
Tanto espacio de él á Dios
Como desde el hombre á él.
Cuál me burlaste ¡oh amistad querida?
Pues logro apenas tu candor gustar,
Vaste á la Gloria, y déjasme en la vida
La triste herencia del cruél llorar.
¡Llorar...! ¡siempre llorar! ¿qué, á eterno llanto
Habré nacido condenado yo?
¿Cual humo, el tiempo del gozoso encanto
Ya para mi voló?
¿Será mi pecho de insensible risco?
¿Nunca espirar de pena lograré?
¿Tengo yo corazón de basilisco,
Que mata cuanto vé?
Probé un amor, del alma por fortuna;
Partió presta á los campos del Edén:
Brindo amistad de corazón á una
Y en la flor muere de su edad tambien.
Ya ¿qué es el mundo para mí? un vacío
Sin terso azul, sin astro brillador;
Páramo yermo en la mitad de Estío
Sin verde planta ni aromosa flor.
Perdí mi amor, y en la amistad consuelo
Sólo hallar pudo tan fatal dolor;
Pierdo amistad, ¿y en este triste suelo,
Qué es un mortal sin amistad ni amor?
De dos vivientes que el Eterno inspira
A volar juntos de la dicha en pos,
El que primero por su bien espira
Es el más venturoso de los dos.
Aquél, en cambio de su estrella dura
Mirando muere lo que siempre amó,
Aquél tendrá quien en la noche oscura
Llore en su losa; pero el otro, nó.
Ya para siempre, al cielo en ráudo giro
Voló la amiga que aprecié mejor.
¿Quién á mi muerte exhalará un suspiro?
¿Nadie en mi tumba dejará una flor?
Tengo presente, amiga encantadora,
La vez postrera que el adiós te dí,
Grabado en mi alma cual si fuese ahora...
¡Qué adiós! Jamás se apartará de mí.
Era noche: tu albergue esclarecía
Débil fulgor de lumbre artificial;
Cual suele iluminar gruta sombría
Pálida luz de antorcha funeral.
Gruesa lluvia la atmósfera lanzaba,

Sentíase el viento con furor mugir,
Y aún tu tétrica vista me anunciaba,
Siniestro augurio al tiempo de partir.
— Adiós... » «Adiós... » Dijimos, y corriendo
En alas de la horrenda tempestad,
Cruzó el eco los aires, repitiendo
¡Adiós...! ¡Adiós...! hasta la eternidad!
Trance es amargo, cuando á mundo ignoto
Aquel que amamos para siempre vá;
Quédanos un consuelo harto remoto,
Y es:—¡La esperanza de encontrarlo allá!
¡Allá...! Por fuerza, inspiración divina
Con eco mudo el corazón me advierte,
Que mi alma es como Dios, eterna y fuerte,
Que á su morada celestial camina:
Y que mi cuerpo es sólo peregrina
Arca de barro que se dá á la muerte,
Tributo de esta vida transitoria
Con que abriéndonos paso por la tumba
Volamos á la senda de la Gloria.
¡Ay de vosotros, míseros impíos,
Si de vuestros placeres la esperanza
Es tan pobre y mezquina, que no alcanza
Nada á través de los sepulcros fríos!
¡Religión de mis padres, sacrosanta!
Yo te bendigo cada vez que á oriente
El luminar inmenso se levanta;
Y siempre que se oculta en occidente,
Mi humilde voz tu omnipotencia canta.
¡Y cómo no cantar? por tí en el cielo,
Por tí confío, Religión sagrada,
Verla bajar en grupo de querubes
De cándidos jazmines coronada,
Alzarme leda entre brillantes nubes
Del alto Empíreo á la eternal morada,
Ráuda salvar las diamantinas puertas
De par en par á la virtud abiertas,
Y postrada ante el sol de la justicia,
Cuya bondad propicia
Nunca el oido al inocente cierra,
Grata exclamar uniéndose conmigo:
—«Hé aquí, Rey de Israel, mi único amigo,
El solo sér que me lloró en la tierra,
El que me idolatró, sin el quebranto
De profanos amores,
El que á mi ocaso alzó fúnebre canto,
Mi oscura tumba eternizó con llanto,
Y mi sepulcro embelleció con flores.
Dignaos, Señor, por vuestro trono inmenso
Concedernos el don que os demandamos,

Que os alabemos juntos, y ofrezcamos
A vuestra Augusta Magestad incienso.»
Tal paréceme oirla. El infinito,
Grato concede á sus plegarias puras,
Ella, lanzando penetrante grito,
Dice por celebrar nuestras venturas:
—«¡Gloria al Rey de Israel en las alturas!»
Y contestan los ángeles:—«¡Victoria;
«Vuestra suma bondad males destierra,
«Por eso están los cielos y la tierra
«Rebosando, Señor, en vuestra gloria!»

Pero en tanto que ese día
Se acerca de mi ventura,
Que duerma en la huesa fría
Amaneciendo á su pura
Lumbre de paz y alegría;
Deja que en flores ¡oh amiga!
Tu triste tumba decore,
Porque quien verla consiga,
Tu temprana muerte llore
Y mi inspiración bendiga.
No temas que al fin estén
En ningun tiempo marchitas:
Prodújolas el Edén,
Y si tú en el cielo habitas,
De allá son ellas tambien.

Del jardin divino son,
Sitio encantador y ameno,
Donde no hay murmuración,
Ni vén ojos de veneno,
Ni hablan lénguas de escorpión.
Entre cielo y tierra, un día
Jehová un angel colocó:
De allí jamás se desvía,
Nunca el tiempo le tocó:
Llámase «la Poesía.»
De un vate á los cantos bellos
Los siglos no le hacen mal,
Por que son de Dios destellos,
Y el tiempo cruza por ellos
Como el Sol por un cristal.

Padrones gloriosos de eternas verdades,
De Hermon ¡oh colina! puertas de Salen,
Del Líbano bosques, cipreses de *Cades*,
Pozo del desierto, gruta de Belen;
Haced que con flores de grata verdura,
La *estrecha morada* cubrir pueda yo,
Dó yace marchita la rosa más pura,
De cuantas ha visto nacer Jericó.
Muertos, si en la noche sentís un poeta
Que vaga en las tumbas, atentos oid;
Oiréisle los salmos cantar del Profeta,
Y el arpa sus manos pulsar de David;
Su frente las palmas ceñir de Idumea,
Girar en su torno Saul y Abrahan,
Laureles en Cuba plantar de Judea,
Y el agua en sus ojos correr del Jordan.
Veneranda tierra, sepultura santa,
Que estáis á la diestra del limpio San Juan (14)
Por cuyo poniente su testa levanta
De cañas vestida la cumbre del Pan;
No altere tu calma mi triste querella,
Mis ayes no agiten tu eterna quietud,
Tus sacras reliquias no oprima mi huella,
Ni sones profanos te dé mi laud.

No quiero, sepulcro, que estés solitario,
Deja que en tí plante mi fiel corazón
Los nardos y lirios del Santo Calvario,
La oliva sagrada del Monte Sion.
Este árbol frondoso, precoz y sombrío,
Por mí te defienda del aire boreal,
Y su almo ramaje te pare en Estío
Los rayos ardientes del sol tropical.
Cubiertas las formas de místico velo,
Con voces más dulces que un bardo de Erin,
En urna de nacar me trajo del cielo,
Divinas simientes veloz querubin.
—«Si quieres al mundo legar mi memoria,
«Con estéril llanto no me cubras, no;
«Adorna mi tumba con flores de gloria.»
Dijo, y al Empireo volando tornó.
Y es ella ¡oh sepulcro! sus voces sencillas
Me ordenan hacerte funéreo jardin.
Iréte sembrando celestes semillas:
De aquí, de mi pecho, saldrá la del fin.
Aquestas primeras que vierto preciosas
Son tristes jacintos de negro color,
Albas siempre-vivas, y nitidas rosas,
Emblemas de luto firmeza y candor.
Nevados jazmines del Santo Carmelo,
Imágenes puras del bien que perdí,
Cubridla; ¡quién sabe si este mismo suelo
Será en breve, lecho mortal para mí!
¡Quién sabe si antes que venga la aurora
A lloveros perlas, frescor y salud,
Darán las campanas mi póstuma hora,
Y ni habrá quien cargue mi pobre ataud.

Pero vosotras ¡oh flores!
Cuando me veais llegar
Revuelto en sábana inmunda
Como muerto de hospital,
Perfumaréis el cadaver
De éste que os supo sembrar,
De éste que os ha dado vida
Donde murió su amistad;
Y con el fresco rocío
Que el alba serena os dá
Al sacudiros la brisa,
Bañareis leda mi faz;
No permitais que en mi tumba
Llegue un profano á pisar,

Porque de este corazón
Un árbol veréis brotar
Con tronco celeste y hojas
De color de verde mar;
Seis flores dará por año
Moradas, y en cada cual
De los siguientes, un verso
Con letras de oro, dirá:
«Aquí, vecino á su amiga,
«Descansa Placido en paz:
«Tres cosas (después de Dios)
«Mentó al punto de espirar:
«La memoria de su Fela,
«Merced y la Eternidad.»